

EL BARCO



DE VAPOR

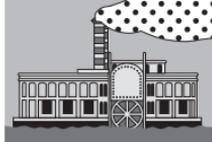
Mónica Rodríguez

El círculo de robles



sm

EL BARCO



DE VAPOR

El círculo de robles

Mónica Rodríguez



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez

© del texto: Mónica Rodríguez Suárez, 2014
© de la ilustración de cubierta: Ester García, 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-7409-8
Depósito legal: M-22808-2014
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1 *Froitas*

LLOVÍA, siempre llovía esa fina lluvia que se prendía de las cosas y encendía nieblas en los caminos. Era una lluvia invisible y húmeda que se enmarañaba en las matas y el techado de los bosques.

Antoniña, desde la ventana, veía el inicio de aquel bosque y la lluvia, y todo se hundía en sus ojos negros y soñadores.

Unos ojos llenos de senderos y misterios. Sí, porque los ojos de Antoniña eran así. Baldomero siempre le decía:

–Qué andarás pensando tú por adentro de esos ojos.

Y ella reía y sus párpados se entrecerraban y apenas se veía una rayita de aquellos misterios.

Baldomero y su nieta vivían al inicio del bosque, por la senda que llaman de los Milanos, a unos cientos de metros de la aldea de Froitas. Baldomero había sido guarda de esos montes y ahora, de viejo, se sentaba a la lumbre y tallaba figuritas en las ramas desmochadas, con una pequeña navaja, mientras le narraba cuentos a Antoniña.

A veces hacía una pausa y miraba aquellos tizones negros de su nieta que eran sus ojos y que parecían encenderse con sus palabras.

Solían acurrucarse junto al fuego, después de la cena, mucho después de los paseos por Froitas, con sus calles empedradas y húmedas, sus viejos de boina y bastón, y las mujeres recogidas, mirando entre visillos la caída de esa lluvia casi horizontal que levantaba olores y hacía barro en los caminos. Cuando ya las vacas y los animales yacían en sus cuadras y en los hogares humeaban los fogones, Baldomero y su nieta volvían a la casa por el camino de los Milanos, en silencio, saludando a los pocos aldeanos que se cruzaban, Casiano, por ejemplo, antiguo guarda del bosque con Baldomero, o Marilola, la de los panes, la niña de la tahona, que era algo retrasada y gorda, y que corría bajo la lluvia riendo.

–Mira que es boba la de los panes –decía la nieta.

–No digas eso, Antonia. Que no es boba –le reprendió el abuelo–, que es espíritu libre y eso a lo mejor lo entiendes algún día. Boba es la sopa que nos comemos nosotros. Sopa de pobre.

Y después de la sopa boba, como decía el abuelo, llegaba la hora de los cuentos y se sentaba Baldomero en su silla y pasaba doce veces la hoja de la navaja sobre la piedra de afilar. Tomaba entonces con parsimonia el palito tronchado y se ponía a pelar mientras los ojos de Antonia esperaban impacientes los cuentos. Muy oscuro afuera. Con la lluvia rabiando en los cristales y el crepitar del fuego, naranja y movedizo, en

los ojos de la niña. Todo ahí dentro, en sus ojos, la lluvia y el fuego. Revuelto y confuso, como la verdad y la mentira.

–¿Por qué llueve tanto en Froitas, abuelo?

Baldomero miró de soslayo hacia la ventana. Se oía el ruido del agua y del viento sacudiendo los postigos.

–Para que vivan los bosques y las criaturas que hay en ellos.

El abuelo iba a decir algo más, pero se calló y se oyó a lo lejos, como llamado por las palabras de Baldomero, el aullido largo y quejumbroso de un lobo.

Antoniña sintió un escalofrío.

–Ni miedo. Esa es la Lupa, que bien la conozco –dijo el abuelo–. En este bosque ya no hay lobos, sino es la Lupa, que los aldeanos de Froitas, brutos y supersticiosos, acabaron con ellos hace tiempo. Los mataron a todos.

Y añadió con tristeza:

–Y la Lupa de vieja se morirá cualquier día.

La niña se acercó a la lumbre con los ojos agrandados.

–¿Cómo es eso, abuelo? ¿Qué dices? ¿Y por qué la Lupa vive si es loba, y no la mataron como a los otros lobos?

–Porque la Lupa es solo medio loba y la protege un hada desde que yo era chico.

–Cuéntame, abuelo.

–Fue la novena de las nueve hijas del Tojo. Nació en Viernes Santo y luna llena. Por eso nació loba, que ya todos lo decían.

–Pero eso no puede ser.

El abuelo giró la navaja sobre el palo y sopló para quitar el polvo de madera. Dejó caer los brazos con la figura a medio tallar y miró largamente al fuego, como si en lugar de las llamas estuviese viendo a la Lupa o al Tojo y hubiera vuelto a Froitas medio siglo atrás, cuando en la aldea vivían unas cincuenta personas y él era un crío, más pequeño que su nieta.

–Claro que no puede ser –dijo al fin–, pero los cuentos de la gente se mezclan con la vida. Por eso, Antonia, has de prestar mucha atención a lo que dicen.

–¿Y por qué la creyeron loba?

–Ocho hijas tenía el Tojo cuando su mujer, Ramona, volvió a quedarse preñada. Te voy a decir sus nombres, que no he olvidado ninguno: Rufina, Paca, Asunta, Mariana, Rosiña, Oliva, Sabela y Mariña. Todos deseaban un niño, un varón, el primero el Tojo, harto de tanta cría. Un varón que le ayudara en la herrería, que era herrero el Tojo. Y luego estaba lo de la leyenda de las meigas: si una criatura nace en Viernes Santo y luna llena y tiene ocho hermanas, todas hembras, será loba y no niña. Medio loba, al menos. Y mira, Antonia, que la gente hizo verdadero el cuento.

Baldomero calló y siguió tallando. No supo su nieta si era sonrisa o pena lo que había en sus ojos. El frotado de la navaja se unió al crepitar de la lumbre. A la lluvia que rebotaba en el bosque negro, allá afuera, donde vivía la Lupa, vieja ya y medio loba, si es que era cierto lo que contaba el abuelo.

–Cuéntame más de eso.

Baldomero cerró un instante los ojos. Carraspeó porque a veces se le iba la voz.

—Está bien, Antonia, pero has de escuchar con atención, que la mitad es real y lo otro pudiera serlo.

